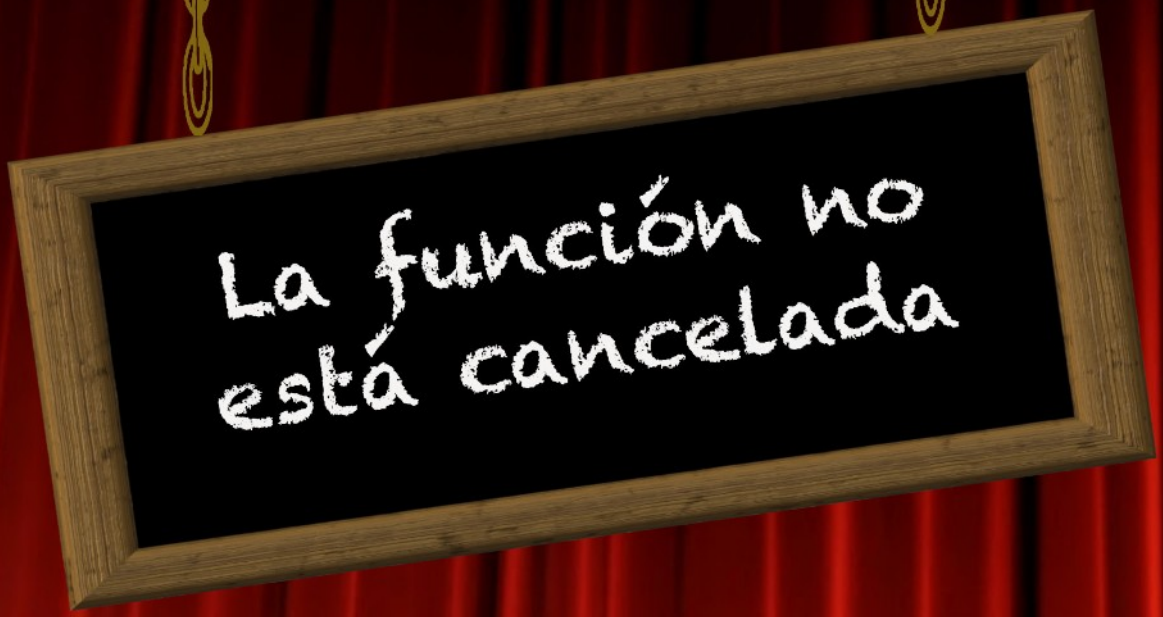
La Comédiathèque



Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

La función no está cancelada

Jean-Pierre Martinez

Una compañía de actores se dispone a salir a escena con una obra sobre las últimas horas de la vida de Molière. Nada está preparado y los contratiempos se multiplican, hasta que desaparece la recaudación del día... ¿Deben cancelar la función, precipitando así la ruina de un teatro al borde de la quiebra, o actuar cueste lo que cueste?

Personajes

El director

La directora

El actor

La actriz

El espectador

La espectadora

El inspector

La inspectora

A excepción del actor y la actriz, todos los papeles pueden interpretarse indistintamente por hombres o por mujeres.

Repartos posibles: 1H/7M, 2H/6M, 3H/5M, 4H/4M, 5H/3M, 6H/2M, 7H/1M

© La Comédiathèque

El escenario está desnudo, salvo por el sillón de Molière, único elemento del decorado. Un espectador y una espectadora, que en realidad son actores, se acomodan en algún lugar del patio de butacas. Mientras entra el público, la directora, que también se encarga de la puesta en escena, ya está allí con un mono de trabajo, ajustando las luces con el técnico de cabina, a quien no veremos y que apenas hablará. Subida a una escalera de mano al fondo del escenario, de espaldas y mirando al techo, no se da cuenta de que los primeros espectadores están entrando para sentarse. Ellos tampoco reparan en ella, o la toman por una técnica que está haciendo los últimos ajustes.

Directora *(llamando al técnico)* – ¿Alex? ¡Eh, Alex! Aquí hay una bombilla fundida. Ya podrías haberlo comprobado... No puedo hacerlo todo yo sola. Da igual, prescindiremos de ella. No hay tiempo para cambiarla. Además, creo que tampoco nos quedan bombillas de repuesto. Sí, amigo mío, estamos en crisis... No había ni un céntimo en caja para comprar más. Ya verás, acabaremos iluminándonos con velas, como en tiempos de Molière. *(Por fin descubre al público)* No me lo puedo creer, ¿ya están aquí...? ¿Por qué los han dejado entrar? Todavía no es la hora, ¿no? Bueno... Ahora que están aquí, tampoco vamos a pedirles que vuelvan a salir. Pero nosotros tenemos que terminar. Así que, señoras y señores, si nos disculpan un momento más...

Sigue revisando los focos y desplaza la escalera para realizar otro ajuste. Trabaja unos instantes en silencio. Cuando el público se ha acomodado, baja de la escalera, observa el escenario y mueve ligeramente el sillón para colocarlo en el centro.

Directora – ¿Puedes iluminar un poco el sillón de Molière, a ver? *(El técnico ilumina el sillón y ella se sienta)* Parece que está bien, ¿no? *(Se levanta y avanza hasta el proscenio)* Venga, apaga las luces de la sala, para ver qué tal queda... *(La sala queda a oscuras)* Sí... *(Sigue dudando)* ¿Puedes darme un poco más de luz delante, a la izquierda del escenario? Ahí hará el fantasma de Molière su monólogo final. Ya sabes... justo antes de arrojar un cubo de agua a los espectadores de la primera fila... *(Al público de la primera fila, seguramente inquieto)* Tranquilos, esto es teatro. No será agua de la que moja. La sustituiremos por... Aunque todavía no sé qué podríamos utilizar... *(Al técnico)* Alex, ¿se te ocurre algo que parezca agua pero no moje? *(El técnico no responde)* Aunque el agua, al menos, no mancha. *(Al técnico)* ¿Alex, estás dormido o qué? ¿Qué pasa con esa ducha de luz del proscenio? *(Al público)* No se alarmen, tampoco es una ducha de verdad. En el teatro llamamos «ducha» a un foco que ilumina al actor directamente desde arriba, en vertical. Por desgracia, suele ser la única ducha que se dan algunos actores... ¡Qué se le va a hacer! Este oficio también tiene su jerga. *(El técnico enciende el foco cenital a la izquierda del proscenio, iluminándola)* Espera, me parece que esa ducha cae un poco torcida, ¿no? Apágala. Voy a intentar ajustarla. De verdad, aquí tiene una que hacerlo todo... Ya soy la directora del teatro y de la puesta en escena. ¡Y además tengo que hacer de electricista e iluminadora!

El técnico apaga el foco mientras la directora coloca la escalera en el proscenio y se sube a ella. Entra el director del teatro, que presumiblemente es también su pareja. Viste con una elegancia algo anticuada y lleva una caja metálica con cerradura que contiene la recaudación de la taquilla.

Director – ¡Ah, estás aquí! Te he buscado por todas partes.

Directora – Pues sí, aquí estoy. ¿Dónde quieres que esté? Yo estoy trabajando... Va a empezar la función y no funciona nada... ¡No me digas que se ha cancelado otra vez!

Director – No, no, tranquila, la función no está cancelada. De momento...

Directora – ¡Eso espero! Hemos cancelado tres veces esta semana. Al final, el público se hartará... Si ya viene poquísima gente al teatro.

Director – Ya... ¿Qué quieres que haga? Con estos protocolos sanitarios que cambian continuamente... Ahora hay que pasar un reconocimiento médico completo para ir a ver una obra.

Directora – ¿Quién nos iba a decir que algún día habría vigilantes de seguridad a la puerta del teatro, como en las discotecas? Oye, hablando de eso... ¿por qué están ya aquí los espectadores?

Director – Sí, ¿te has fijado? Cada vez llegan más pronto. Y eso que saben perfectamente que una función nunca empieza a su hora.

Directora – Tendríais que haber esperado un poco para dejarlos entrar. Todavía no estamos listos...

Director – Con todas las cancelaciones que hemos tenido últimamente, mejor dejar que entren cuanto antes. Si tenemos que cancelar en el último momento, al menos ya habrán pagado.

Directora – Y siempre encontraremos algún motivo para no devolverles el dinero.

Director – En fin... Termina tranquilamente tus ajustes y haz como si no estuvieran.

Directora – Eso... *(Al público)* Y ustedes hagan como si nosotros tampoco estuviéramos.

Director *(al público)* – No se preocupen, ya les avisaremos cuando empiece de verdad...

Directora – Y, cuando termine, el cubo de agua despertará a los que se hayan dormido durante la función.

Director – ¿Qué cubo de agua?

Directora – Ya te lo explicaré... Es una obra un poco vanguardista, ya verás.

Director – Creía que era una obra sobre Molière.

Directora – ¡Molière también era vanguardista en su época!

Director – En cualquier caso, hay bastante gente, ¿eh?

Directora – Sí... Hoy podemos hacer una buena recaudación...

Director *(mostrando la caja)* – Aquí está, en esta caja. *(Al público)* Muchas gracias a todos por su generosidad.

Directora – ¿Cuánto hay?

Director – Aún no lo he contado, pero está llena.

Directora – Por fin podremos pagar a los actores.

Director – Bueno, si queda algo después de pagar a todo el mundo.

Directora – ¿A todo el mundo?

Director – Al vigilante, a la taquillera, a los técnicos, al encargado de cabina...

Directora – ¿Ah, pero al técnico de cabina se le paga?

Director – Él es un técnico, no un artista. No lo hace por amor al arte...

Directora – Pues entonces yo también quiero cobrar. Como técnica, por lo menos. Porque te recuerdo que soy directora de escena. No tendría por qué subirme a una escalera.

Director – No te preocupes, presiento que cambiará nuestra suerte. El público volverá al teatro, ya verás.

Directora – Más le vale, porque estamos al borde de la quiebra... ¡Ya ni siquiera tenemos dinero para comprar bombillas para los focos!

Director – Con lo que hay en la caja podremos hacerlo, tranquila. A lo mejor hasta podemos pagar a los actores.

Directora – Mientras tanto, haz algo útil... ¿Me pasas el destornillador que hay en el sillón?

Director – Claro, para eso estamos... *(Deja la caja en el sillón, coge el destornillador y se lo pasa)* Pero ¿no hay demasiados focos? ¿De verdad necesitáis tantos? No quiero ni pensar en la factura de la luz...

Directora – Si quieres, actuamos a oscuras. Nos saldrá más barato y será todavía más vanguardista.

Director – Bueno, si son absolutamente necesarios...

Directora – Ya hemos reducido el decorado al mínimo para ahorrar. La acción iba a transcurrir en el Palacio de Versalles y al final se desarrollará en el camerino de Molière. ¡Solo hemos dejado un sillón!

Director – Cuando los actores son buenos, uno se olvida del decorado, ¿no?

Directora – Hablemos de los actores. Al principio, la obra estaba escrita para diecisiete intérpretes y se supone que tenemos que hacerla entre tres... ¡Hasta yo tengo que interpretar tres o cuatro personajes, y ni siquiera soy actriz!

Director – Si queremos llevarla a un festival de teatro, no podemos viajar con diecisiete personas. ¡Necesitaríamos un autocar! También hay que ser realistas...

Directora – Tienes razón... Si sigo retocando el texto, creo que podré convertirla en un monólogo.

Director – Por cierto, ¿de qué trata esta obra? No lo he entendido muy bien.

Directora – La función está cancelada.

Director – ¿La función está cancelada? ¿Estás segura? ¿Pero por qué?

Directora – «La función está cancelada» es el título de la obra.

Director – Ah, vale... Vaya título de mierda.

Directora – Puede llevar a confusión, desde luego. Aunque resulta muy apropiado para los tiempos que corren, ¿no?

Director – Bueno, por lo menos ha venido el público. Eso es lo importante.

Directora – Sí... ¡Tiene mérito!

Director – Pero se les ve un poco preocupados, ¿no?

Directora – Quizá no les falten motivos para desconfiar.

Director – Si uno viene voluntariamente a ver una obra titulada «La función está cancelada», luego no puede reclamar que le devuelvan el dinero si resulta ser verdad.

Directora – Exactamente.

Director – Y esa obra maestra, ¿de qué va?

Directora – Cuenta las últimas horas de Molière, poco antes de su muerte. La compañía se dispone a salir a escena, pero Molière se encuentra mal. Duda. ¿Debe actuar a pesar de todo o conviene cancelar la función?

Director – ¿Y entonces?

Directora – Pues que están al borde de la quiebra, igual que nosotros. Tienen que actuar a toda costa, para no devolver el importe de las entradas.

Director – O sea, que es una obra sobre el teatro.

Directora – Exactamente. Sobre las glorias y las miserias de la vida de los cómicos.

Director – Bueno, basta de hablar. Hay que empezar.

Directora – Desde luego. Porque una obra que se titula «La función está cancelada»... ¡no podemos cancelarla!

Director – Claro... ¿Qué le diríamos al público?

Directora – Nadie nos creería. Pensarían que forma parte de la obra...

Director – ¡Pues mucha mierda!

Directora – Sí, ¡y tú vete a la mierda!

Director – Agárrate al destornillador, que te quito la escalera.

Directora – Qué gracioso.

Director – Sí, tendría que haberme dedicado a la comedia...

El director sale y se deja la caja sobre el sillón. La directora baja de la escalera.

Directora – ¿Alex? Vuelve a encender la ducha, a ver... *(El técnico enciende de nuevo el foco cenital del proscenio)* Bueno, así valdrá. Tampoco estamos en un teatro nacional...

El actor y la actriz entran en escena con ropa deportiva. El actor lleva el guion de la obra titulada «La función está cancelada».

Actor – ¿Dónde está el jefe? Lo estamos buscando.

Directora – Acaba de salir. Pero ¿qué demonios hacéis todavía vestidos así? ¡La obra transcurre en el siglo XVII! Interpretáis a Jean-Baptiste Poquelin y Armande Béjart. ¿Todavía no os habéis puesto los trajes?

Actriz – Venimos a presentar un preaviso de huelga.

Directora – ¿Una huelga? ¡Estaréis de broma! ¡Nunca se ha visto a un actor en huelga!

Actor – Llevamos un mes sin cobrar. Si es una broma, a nosotros ya no nos hace ninguna gracia.

Directora – ¿Qué queréis que os diga? ¡Se han cancelado todas las funciones! Sin función no hay recaudación, y sin recaudación no hay sueldo...

Actriz – Ya verás cómo al final la culpa será nuestra.

Actor – ¿Sabes qué tuvo el descaro de decirnos el director?

Directora – ¿Qué?

Actor – ¡Que con un trabajo como el nuestro, en estos tiempos deberíamos darnos con un canto en los dientes por poder trabajar!

Directora – Sí, ya lo sé... Para él, el teatro es como el amor. Si lo haces por placer, no deberían pagarte.

Actriz – Pues esta vez queremos cobrar por adelantado, como las prostitutas. Si no, no actuamos.

Directora – Tranquilos. Hoy hemos tenido una buena taquilla. Mirad, la sala está llena.

El actor y la actriz descubren por fin la presencia del público.

Actor – ¿Qué? ¿Ya está aquí el público?

Actriz – ¿Y si decidimos no actuar?

Directora – Ahora que están aquí...

Actor – Los habéis dejado entrar antes de tiempo para obligarnos a actuar, ¿verdad?

Directora – Os pagaremos, os lo aseguro.

Actriz – ¿Actuar gratis? ¡Lo que faltaba!

Actor – ¿Nos tomáis por aficionados?

Actriz – Si al menos fuera para actuar en una obra maestra. Una obra de éxito que relanzara nuestra carrera. Pero esto...

Actor – Por cierto, ¿quién ha escrito esta obra?

Directora – Mierda, ahora que lo dices, se me ha olvidado poner el nombre del autor en el cartel. Espero que no se dé cuenta. ¡Estos autores son tan susceptibles!

Actriz – Si lo habéis invitado al estreno, seguro que le encantará comprobar que su nombre ni siquiera figura en el cartel. Sobre todo si tampoco le pagáis...

Directora – ¡Mierda otra vez! También se me ha olvidado invitarlo... En fin, de todos modos he reescrito tanto su obra que ni siquiera sé si sigue siendo suya...

El actor echa un vistazo al guion que lleva en la mano.

Actor – «La función está cancelada»... Con todas las versiones que nos has ido dando, ya no sabemos ni cuál es la buena.

Actriz – Y hay tantas tachaduras que apenas se puede leer.

Directora – Decidme al menos que os sabéis el texto...

Actor – Sí, sí, no te preocupes...

Actriz – La historia la conocemos. Más o menos...

Directora – ¿La historia?

Actor – Nos dijiste que podíamos improvisar, ¿no?

Directora – ¿Yo dije eso?

Actriz – Me parece que incluso hablaste de la nueva ola del cine de autor.

Directora – A ver, cuando dije que podíais improvisar un poco, me refería a añadir algo al texto, no a sustituirlo. ¡La nueva ola del cine! Qué disparate... Os recuerdo que estamos en un escenario teatral. Aquí no podemos repetir las tomas como en el cine.

Actriz – No te agobies, saldremos adelante. Somos profesionales, ¿no?

Actor – Sí, profesionales. Y precisamente por eso nos importa tanto cobrar, aunque te parezca extraño.

Directora – Bueno, ahora os lo suplico, ¡id a cambiaros! ¡A fuerza de adelantarnos, vamos a terminar llegando tarde!

Actriz – ¿Y si actuáramos así?

Directora – ¿Así cómo?

Actor – No sé... Con ropa de calle. Quedaría más moderno, ¿no?

Directora – ¿Tampoco tenéis los trajes?

Actriz – ¡Sí, claro que sí! Bueno... Los encontraremos.

Actor – Seguro...

Actriz *(a la directora)* – ¿No tenías que pasar tú por la tintorería para recogerlos?

Directora – ¿La tintorería? ¿Pero dónde os creéis que estáis, en un teatro subvencionado? Los trajes están en los camerinos. O eso creo... Y ahora largaos antes de que haga algo de lo que me arrepienta.

Los dos actores se van.

Directora – ¡Tenía que haberme dedicado a los dibujos animados! Así, por lo menos, no tendría que aguantar los humores de los actores. *(Se dirige por última vez a la cabina)* Alex, ¿puedes venir un momento entre bastidores? Tengo que hablar contigo de la banda sonora.

Técnico – ¿Pero es que hay banda sonora?

Directora *(sin que se sepa si habla en serio)* – No, precisamente. Vas a tener que hacer tú todos los efectos sonoros desde la cabina. Ya te explicaré...

Pliega la escalera y sale llevándosela. Silencio.

Voz en off – *Y mientras esperan el comienzo de su espectáculo «La función está cancelada», unos mensajes publicitarios.*

Los anuncios siguientes imitan el estilo anticuado y el tono exagerado de la publicidad de los años cincuenta.

Voz en off – *¿Le gustan los caballos y no sabe dónde satisfacer su pasión? Acuda a los especialistas. Carnicería La Herradura, especialistas en carne de caballo de padres a hijos desde hace más de un siglo. ¡La Herradura, siempre a caballo entre la tradición y la calidad! ¿No tiene tiempo de ir a comprar o prefiere mantener el anonimato? También llevamos nuestros productos a domicilio, con toda discreción y... ¡al galope! Si usted no va a La Herradura, ¡La Herradura irá hasta usted!*

Música de transición.

Voz en off – *¿Un grifo que gotea, una fuga debajo del lavabo, una tubería atascada... o sencillamente ganas de conocer gente nueva? Llame cuanto antes a Fontanería y Compañía. Nuestros especialistas escucharán todas sus necesidades... y todos sus deseos. Fontanería y Compañía: ¡el mejor contacto para todos sus problemas de cañerías! Profesionales atentos, dispuestos a comprenderle y dejarle plenamente satisfecho. Fontanería y Compañía, empresa certificada y «gay friendly».*

Al terminar la música del segundo anuncio, mientras el escenario queda en penumbra, aparece una figura cubierta por una sábana blanca, como el sudario de un fantasma. Mira a ambos lados, recoge la caja olvidada en el sillón y sale.

Vuelve la luz al escenario y entra la directora. Se ha quitado el mono de trabajo y lleva ropa de calle.

Directora – Muchas gracias a todos por su paciencia... Puesto que todos los presentes tienen los antecedentes penales limpios y las vacunas al día, la función puede comenzar. Antes, permítanme agradecer su ayuda a nuestros generosos patrocinadores, así como al alcalde de esta encantadora localidad, que, aunque actualmente cumple condena por malversación, ha aprovechado un permiso penitenciario para honrarnos con su presencia esta noche... Por último, para tranquilidad de todos, les ruego que apaguen sus teléfonos móviles y que, durante la representación, eviten besarse, toser, sonarse la nariz, escupir o... *(Se interrumpe al ver aparecer al director)* Señor director, ¿quería añadir algo?

Director *(en voz baja)* – ¿No has visto la caja?

Directora – ¿Cómo dices?

Director – ¡Mi caja del dinero! La dejé aquí, sobre el sillón. ¿No la has cogido tú?

Directora – ¡Claro, ahora acúsame de ladrona!

El director recorre el escenario, presa del pánico, recitando las primeras frases del célebre monólogo de Harpagón en «El avaro», de Molière.

Director – ¡Al ladrón! ¡Al ladrón! ¡Al asesino! ¡Al criminal! ¡Justicia, justo cielo! ¡Estoy perdido, me han asesinado! *(Volviéndose hacia la directora)* ¡Me han degollado, me han robado mi dinero!

Directora – ¡Pero cálmate! ¡Que no he sido yo! Y, además, ¿no ves que nos están mirando?

Director – Pues si no has sido tú, ¿quién?

Directora – ¿Dices que la dejaste en el escenario?

Director – ¡Sí, me la olvidé! La puse encima de este sillón cuando me pediste que te pasara el destornillador, y luego...

Directora – Yo solo salí unos minutos con el técnico, antes de...

Director – Y yo estaba hablando con los actores. Precisamente, cuando fui a pagarles con lo que había en la caja, me di cuenta de que...

Directora – ¿Quién habrá podido robarte la caja?

Ambos miran al público con desconfianza.

Director – ¿No creerás que...?

Directora – ¿Quién si no?

Director – No lo sé...

Directora – Y entonces, ¿actuamos o no actuamos?

Director – ¡No podemos fingir que no ha pasado nada y dejar que se larguen con nuestra caja!

Directora – Aunque, en el fondo, parte del dinero es suyo.

Director – Bueno, ¿qué hacemos? ¿La función está cancelada...?

Directora – De todas formas, los actores se negarán a salir si no les pagamos antes.

Director – ¿Y con qué quieres que les pague? ¡Nos han robado la recaudación! *(Al público)* Así que tampoco podremos devolverles el dinero de las entradas.

Directora – Pues no...

Director – Aun así, les ruego que permanezcan sentados en sus butacas mientras llega la policía...

Directora – ¿Ya has llamado a la policía?

Director – Están de camino. No tardarán...

Directora – Ah, sí... Creo que se oye la sirena...

Desde la cabina, el técnico puede producir una imitación más o menos convincente de una sirena policial.

Director – ¡Un atraco! ¡En un teatro! ¿Te lo puedes creer?

Directora – Bueno, llamarlo atraco quizá sea exagerar un poco...

Director – ¡Viene a ser lo mismo! Nos han robado la caja...

Directora – La verdad es que esto... es el golpe de gracia.

Director – Sí... Esta vez estamos arruinados.

Directora – Bien mirado, el teatro siempre ha sido un negocio arriesgado. Su modelo económico es la bancarrota. Desde que nació, el teatro no deja de morirse.

Director – El teatro en general, quizá. Pero el nuestro, en particular, creo que esta vez se muere de verdad. Si no recuperamos el dinero, tendremos que cerrar.

Directora – ¿Cómo hemos podido llegar hasta aquí?

Director – Si hubiéramos programado obras... más populares. Las buenas comedias son las que llenan los teatros.

Directora – Si conociéramos la fórmula mágica de las buenas comedias, no escribiríamos otra cosa. *(Se vuelve hacia el sillón)* Habría que pedirle a Molière la receta para hacer caja...

Director – ¡La caja! ¡Precisamente nos la han robado! Esta vez no veo otra salida: tenemos que vender el teatro. *(Saca el móvil)* Voy a publicar un anuncio en internet...

Directora – A lo mejor hay algún comprador entre el público... ¡Podríamos subastarlo!

Director – ¿Por qué no? Precio de salida: ¡doscientos mil! ¿Quién da más? ¿Nadie? ¿Cien mil, entonces? ¿Cincuenta mil...?

Directora – Hay que estar loco para querer comprar un teatro en estos tiempos. A menos que uno se haya pasado los últimos diez años en coma...

El inspector y la inspectora entran en escena, desde los bastidores o desde la sala. Él recuerda al inspector Colombo, de la célebre serie policial; ella parece una versión femenina del mismo personaje. El inspector observa el escenario, mientras la inspectora olisquea el aire como un perro policía.

Inspector *(mostrando su placa)* – Inspector Colombo. Y esta es mi ayudante, Martínez...

Inspectora – Ramírez.

Inspector – ¿Perdón?

Inspectora – Ramírez. Me llamo Ramírez, no Martínez.

Inspector – Martínez, Ramírez... ¡Más o menos es lo mismo!

Inspectora – Pues no. Me llamo Ramírez. Llevamos tres años trabajando juntos, así que ya podría acordarse, ¿no cree?

Inspector *(al director)* – ¡Qué susceptibles son estos portugueses!

Inspectora – ¡Española!

Inspector – ¿Y ahora qué? ¿Qué he dicho?

Inspectora – ¡Que soy española, no portuguesa!

Inspector – Bueno, Martínez... No vamos a pasarnos el día con esto. ¡Tenemos un caso que resolver!

Director – En cualquier caso, gracias por venir tan rápido.

Inspectora – Ramírez. No es tan difícil...

El inspector echa una ojeada al escenario y a los focos, que lo deslumbran, mientras la inspectora olisquea al director y a la directora.

Inspector – ¿Qué es esto, un espectáculo de striptease?

Directora – Es un teatro, inspector... Casi lo mismo, pero aquí las actrices van vestidas. Por lo general...

Inspectora – Entonces, a ver si lo he entendido bien: les han robado... una caja.

Director – Exacto, inspectora.

Inspector – Esto no será una broma, ¿verdad? Porque tenemos cosas mejores que hacer que venir aquí a hacer el payaso...

Director – No es ninguna broma, créame. Más bien una tragedia.

Inspectora – Pero cuando dice «caja», ¿se refiere a...?

Director – A la recaudación del teatro.

Inspector – Ah, claro... Les han robado la recaudación. La recaudación del teatro...

Directora – Si no la encontramos, será un desastre. Ya tenemos que cancelar la función...

Inspectora – ¿Y dónde estaba la caja?

Director – Ahí, encima del sillón de Molière.

Inspector – Dejan el dinero sobre un sillón, a la vista de todos, ¿y les sorprende que desaparezca?

Director – Pensaba que estábamos entre personas de confianza.

Directora – Ya sabe, el teatro es como una gran familia.

Inspectora – ¿Hay testigos?

Director – ¿Testigos? ¡Muchísimos!

Inspector – ¿Y dónde están?

Directora – Ahí los tienen, delante de ustedes.

El inspector y la inspectora descubren la presencia del público.

Inspectora – ¡Anda! No los había visto... ¿Qué hacen aquí?

Directora – ¡Son los espectadores! Ya se lo he dicho, esto es un teatro.

Inspector – ¡Vaya! Nunca habría imaginado que acabaría subido a un escenario delante de un público. ¿Verdad, Martínez?

Director – Nunca es tarde para empezar una carrera de actor, inspector Colombín.

Inspector – Colombo. Inspector Colombo.

Inspectora *(con ironía)* – Oh... Colombo, Colombín... ¡Más o menos es lo mismo!

Inspector – Así que... el robo se produjo delante de todos ellos.

La inspectora baja al patio de butacas, olisquea el aire y huele a algunos espectadores.

Directora – Sí.

Inspectora – Y, por supuesto, nadie ha visto nada...

Director – Eso tendrán que preguntárselo a ellos.

Inspector – ¿Y el técnico de allí? ¿Tampoco ha visto nada?

Directora – Estaba conmigo entre bastidores justo antes de que empezara la función.

Se hace un silencio. El inspector recorre el escenario con gesto desconfiado y mira entre bastidores. Mientras tanto, la inspectora da una vuelta entre las butacas, observando a los espectadores, hasta llegar a la cabina. De regreso, se detiene delante del falso espectador y lo olisquea.

Inspectora – ¿Lleva su certificado de vacunación?

Espectador – Por supuesto...

El espectador le muestra un documento. La inspectora parece conforme y vuelve a subir al escenario.

Inspector – ¿Y si se tratara de una estafa?

Director – ¿Una estafa?

Inspector – Conocemos el truco. Esconden el dinero, denuncian que se lo han robado y luego cobran del seguro.

Directora – Le aseguro, inspector, que...

Inspectora – Entonces, vamos a ver, ¿quiénes son los sospechosos? *(Al director)* Usted...

Director – ¡Pero si yo soy la víctima! ¡Soy inocente!

Inspector – Todo inocente es un culpable que todavía no lo sabe. ¿Quién más estaba en el teatro cuando se produjo el robo?

Director – Pues... Los actores de la obra, naturalmente.

Inspectora – ¿Y dónde están?

Directora – Supongo que en sus camerinos, esperando a que les digamos si se cancela la función.

Inspector – Pues ¿a qué espera? ¡Vaya a buscarlos!

Directora – Ahora mismo.

La directora sale.

Inspectora – ¿Tienen algún motivo para sospechar de alguien en particular?

Director – No... Le aseguro que es la primera vez que ocurre algo semejante en este respetable establecimiento.

Inspector – Desde luego, no nos llaman muy a menudo por un robo en un teatro. ¿Verdad, Martínez?

Director – Normalmente no hay mucho que robar. Salvo la recaudación, que suele ser demasiado pequeña para interesar a los ladrones.

Inspectora – ¿Y sus actores? ¿Cree que alguno de ellos podría haber cometido el robo?

Director – No lo sé... Llevan semanas sin cobrar y empiezan a pasar hambre. Todos atravesamos una época difícil, como saben...

El inspector mira hacia la sala.

Inspector – Y esos de ahí... Se ve que comen bien, pero todos tienen cara de esconder algo...

Director – Ya sabe, hoy en día viene tan poca gente al teatro que no podemos permitirnos seleccionar al público. Tenemos que dejar entrar a cualquiera, siempre que esté vacunado.

Inspectora – Luego los interrogaremos.

Regresa la directora con la actriz.

Directora – Aquí tiene a la actriz que iba a interpretar a Armande.

Inspector – ¿Armande?

Directora – Armande Béjart. La mujer de Molière.

Inspectora *(señalando el sillón)* – Siéntese ahí, Armande. *(La actriz se sienta)* Bien. Nombre, apellidos, edad y profesión.

Actriz – Béjart, Armande, esposa de Poquelin, actriz, nacida en una fecha y un lugar inciertos y, por tanto, de edad igualmente incierta.

Inspector – Menudo historial... Bueno, señora Béjart...

Actriz – Señorita.

Inspectora – Acaba de decir que está casada.

Actriz – Sepa que una actriz nunca revela su edad y siempre es «señorita», aunque esté casada.

Inspector – Bien... ¿Y qué sabe de este robo... señorita?

Actriz – Nada.

Inspectora – Qué raro. Si supiera algo, sí que me sorprendería.

Directora – Ya les ha dicho que no sabe nada... ¡Ni siquiera se sabe el papel! A lo mejor por eso le viene tan bien que se cancele la función...

Actriz – ¿Qué estás insinuando?

Directora – ¿No serás tú quien ha robado la caja, para ahorrarte el trabajo de aprenderte el texto?

Actriz – Por lo menos yo no necesito acostarme con el director para conseguir un papel.

Directora – ¡Atrévete a repetir eso!

Están a punto de llegar a las manos. El director interviene.

Director – Vamos, señoritas, comportémonos... *(A los policías)* Ya se lo he dicho, el teatro es una gran familia. Y, como en todas las familias, a veces discutimos un poco...

Inspector – ¿Y dónde está el resto de la familia? Imagino que no era un monólogo...

Directora – Sí, hay otro actor.

Inspectora – ¿Y por qué no está aquí?

Directora – Es verdad. No estaba en su camerino. ¿Dónde se ha metido?

Actriz – No lo sé.

Inspector – Está a punto de levantarse el telón y ¿no sabe dónde está su compañero?

Actriz – ¡No soy su madre! Y, además, ¿por qué lo buscan? ¿Quieren ofrecerle un papel?

Inspectora – ¿Por qué no el de culpable? Si ha desaparecido, quizá se haya llevado la caja.

Inspector – Emitiremos una orden de búsqueda. *(A la directora)* ¿Tiene su descripción?

Directora – Tengo algo mejor, inspector. Tengo su dosier de actor...

La directora sale un momento entre bastidores.

Inspector – ¿Su dosier?

Director – Sus fotografías y su historial profesional. Ya verá, es mucho más preciso que un retrato robot.

La directora regresa con la carpeta del actor y se la entrega al inspector.

Directora – Aquí lo tiene.

Inspector – Muy bien, de momento es todo. Los dejaremos lavar los trapos sucios en familia.

Inspectora – Vamos a inspeccionar el lugar. Pero, hasta nueva orden, nadie sale de aquí.

Salen el inspector y la inspectora.

Actriz – ¿Puedo irme yo también o todavía tienen preguntas para mí?

Director – Puedes irte, pero has oído al inspector. Nadie saldrá de aquí hasta que encontremos al culpable...

La actriz sale.

Directora *(al público)* – Disculpen todos estos pequeños contratiempos. Con un poco de suerte, podremos resolverlo enseguida y el espectáculo se reanudará pronto.

Director – Espero que en un ambiente más agradable...

Directora – Bueno, tendremos que entretenerlos mientras tanto...

Un espectador, que en realidad es un actor, levanta la mano desde la sala.

Espectador – Perdonen...

El director y la directora se vuelven hacia él, sorprendidos.

Director – ¿Sí...?

Espectador – ¿Me permiten?

Se levanta y sube al escenario sin esperar respuesta.

Director – Adelante...

Espectador – Disculpen que me entrometa en su conversación y suba al escenario sin que me hayan invitado, pero quizá pueda ayudarles a mi manera...

Directora – Le escuchamos...

Espectador – Verán, siempre he sido un gran amigo del teatro. Yo mismo hago un poco de teatro aficionado. Sin ninguna pretensión, por supuesto...

Director – Muy bien... Aunque, como habrá comprendido, ahora mismo no estamos precisamente en condiciones de ofrecerle un papel.

Espectador – ¡Naturalmente! Ni se me ocurriría pedírselo. Ustedes son profesionales y yo... un simple aficionado de fin de semana, como suele decirse.

Directora – Entonces, si me permite la pregunta, ¿de qué manera podría ayudarnos?

Espectador – Bueno... Tal vez económicamente.

Los otros dos se quedan sin habla unos instantes.

Director – ¡Vaya, vaya...!

Espectador – Me ha parecido entender que tienen algunos problemas pasajeros de tesorería.

Directora – Podría decirse que este teatro lleva en suspensión de pagos permanente desde el día en que abrió.

Espectador – Resulta que, sin llegar a ser multimillonario, tengo unos ahorros con los que no sé qué hacer. Ya saben cómo están las cosas con la inflación. Más vale no dejar el dinero durmiendo en el banco. Y, con lo poco que rinden las cuentas de ahorro, casi merece más la pena guardar unos lingotes de oro bajo el colchón.

Directora – Lo cual, por cierto, no debe de ser muy cómodo...

Director – Así que se le ha ocurrido que, para rentabilizar sus ahorros y diversificar sus inversiones, el teatro podría ser una opción interesante.

Directora – Desde luego, es una idea bastante extravagante.

Espectador – Tampoco pienso en ganar dinero, ¿saben? Si puedo ayudar a los artistas, mejor. Además, ustedes me caen bien, y me dije que... Pero perdónenme. No sé qué me ha dado. Yo no pertenezco a este mundo... Disculpen otra vez la molestia...

Ante el estupor de los otros dos, se dispone a regresar a su asiento, pero el director lo detiene.

Director – ¡No, por favor! ¡De ninguna manera! Quédese con nosotros...

Directora – Venga, siéntese aquí.

El espectador se acomoda en el sillón con visible satisfacción.

Espectador – Este es el sillón de Molière, ¿verdad?

Director – Sí, bueno... Dentro de la obra, supongo.

Directora – Aunque el anticuario que me lo vendió juró que era del siglo XVII. Así que nada nos impide soñar con que Molière honrara alguna vez ese sillón con sus ilustres posaderas.

Director – ¿Y estaría dispuesto a... concedernos un préstamo?

Directora – ¿O quizá una donación? Nunca se sabe...

Espectador – Pensaba más bien en una inversión inmobiliaria.

Director – ¡Vaya, vaya...!

Directora – ¿Podría explicarse un poco mejor? No estoy segura de entender...

Espectador – Ustedes necesitan dinero y yo lo tengo. Les compro el edificio y así podrán continuar con su noble actividad, a cambio de un alquiler simbólico.

Director – Bueno... Un alquiler ridículo para una actividad que también lo es... Parece apropiado.

Espectador – Naturalmente, no puedo ofrecerles una gran cantidad. Pero, si lo he entendido bien, tampoco tienen muchas opciones.

Directora – Muy delicado por su parte recordárnoslo.

Director – Y cuando dice que no es una gran cantidad... ¿de cuánto estaríamos hablando?

Espectador – Casi me da vergüenza decírselo. Prefiero escribirlo...

El espectador saca una tarjeta de visita y un lápiz, apunta una cifra y se la entrega al director. Este observa la cantidad escrita.

Director – Ah, ya veo... Ahora comprendo lo del alquiler simbólico, considerando lo que ofrece por el edificio.

Le pasa la tarjeta a la directora.

Directora – ¿Está seguro de que no se ha dejado un cero?

Espectador – El valor de un inmueble depende de la rentabilidad que puede ofrecer. Y, tratándose de un teatro, la rentabilidad es prácticamente nula, cuando no negativa.

Directora – Visto así, claro...

Espectador – En cualquier caso, tampoco se trata de hacer un gran negocio, ¿verdad? Se trata de acudir al rescate de las artes escénicas, que últimamente parecen menos vivas que nunca. Considérenlo una obra de mecenazgo.

Director – Me ha pillado un poco por sorpresa, pero... Le prometo que lo pensaré y le daré una respuesta cuanto antes.

Espectador – Tiene mi teléfono en la tarjeta.

La directora devuelve la tarjeta al director.

Director – Francisco Palomo. Filántropo...

Directora – No sabía que ser filántropo fuera una profesión...

Espectador – Es más bien una vocación. Casi un sacerdocio.

El espectador se levanta para abandonar el escenario.

Directora – Muchas gracias por su generosidad, señor Palomo... Molière tuvo al rey Luis XIV como protector, pero con «chulos» como usted, el teatro contemporáneo tiene por delante un futuro espléndido.

Espectador – ¿Me permiten echar un vistazo entre bastidores? Comprenderán mi curiosidad... Sobre todo si pronto voy a invertir algo de dinero en este negocio.

Director – ¡Por supuesto! Siéntase como en casa. Cuando uno compra un restaurante, tiene derecho a ver cómo están las cocinas...

El espectador desaparece entre bastidores.

Director – No es una oferta fabulosa, pero podría salvarnos, ¿no?

Directora – ¿Salvarnos? ¿Vendiendo el teatro a un desconocido?

Director – Ya lo has oído, lo haría principalmente para ayudarnos.

Directora – Precisamente por eso desconfío. Yo siempre considero sospechoso a cualquier filántropo.

Director – ¿Y tenemos alguna otra opción?

Directora – A lo mejor recuperamos el dinero, quién sabe...

Regresan el inspector y la inspectora con el actor esposado.

Inspectora – De todos modos, ya hemos encontrado al ladrón.

Inspector – Estaba en el bar de la esquina, completamente borracho.

Actor – ¿Borracho? ¡De eso nada!

Inspectora – Hablarás cuando te interroguemos. De momento, siéntate.

Obligan al actor a sentarse en el sillón.

Director – ¿Ha confesado?

Inspector – Todavía no. Pero ya lo hará, no se preocupe. Las confesiones espontáneas son nuestra especialidad.

Directora – Bueno, aún no sabemos si ha sido él.

Inspectora – ¡Con esa cara de culpable que tiene, sería una pena que no lo fuera!

Director – Por lo menos, dejémoslo explicarse.

Inspector – Bien. Nombre, apellidos, edad y profesión...

Actor – Poquelin, Jean-Baptiste. Se desconoce mi fecha exacta de nacimiento, pero fui bautizado el 15 de enero de 1622 en París. Actor y dramaturgo. Casado con la señorita Armande Béjart, también actriz.

Inspectora – A ver, Jean-Baptiste, ¿has robado la caja o no?

Actor – Yo no tengo nada que ver con esto. Quiero hablar con mi abogado.

Inspector – ¡Su abogado! ¿Lo oye, Martínez? Ves demasiadas series policíacas, muchacho. ¡Y de paso, por qué no pides a tu representante!

Entra de nuevo la actriz.

Actriz – ¿Pero qué significa esto? ¡No tienen derecho! ¿Qué le han hecho?

Inspector – Es nuestro principal sospechoso.

Actriz – ¿Y eso por qué?

Inspectora – Lo hemos detenido en un estanco cuando intentaba escapar.

Actriz – ¡Lo había mandado yo a comprar cigarrillos!

Inspector – Comprendo que quiera darle una coartada, pero su testimonio no es creíble. Es usted su esposa.

Actriz – ¡Pero solo soy su esposa en el escenario, no en la vida real! ¿De verdad creen que yo me llamo Armande Béjart y él Jean-Baptiste Poquelin?

Inspectora – ¡Encima empeora su situación! ¿Sabe lo que puede costarle suplantar una identidad?

Actriz – Somos actores. ¡Suplantar identidades es nuestro oficio!

Inspector – Lo hemos registrado y no llevaba ningún paquete de cigarrillos.

Actor – ¡Me esposaron antes de que pudiera comprarlos!

Inspectora – Tampoco llevaba esa famosa caja, por cierto.

Actor – ¡Entonces no tienen ninguna prueba contra mí!

Inspectora – Encontraremos testigos, no te preocupes. *(Al público)* ¿Es este el hombre al que vieron salir con la caja?

La falsa espectadora toma la palabra desde la sala.

Espectadora – Es difícil decirlo, inspector... Era un fantasma.

Inspector *(al director)* – ¿Un fantasma? ¿Quién es esa loca?

Director – Una espectadora. No los conocemos a todos, ya sabe...

Inspectora – La escuchamos, señora. ¿Qué decía?

Espectadora – Que llevaba una sábana por encima de la cabeza.

Inspector – ¿Una sábana?

Espectadora – Sí, como un fantasma. Al principio creímos que formaba parte de la obra...

Directora – Es verdad que el fantasma de Molière tiene que aparecer al final, justo antes de...

Inspector – Bueno. Tráigame una sábana.

La directora sale.

Inspectora – Un fantasma...

Inspector – ¿Cree usted en los fantasmas, Martínez?

Inspectora – No.

Inspector – Yo tampoco.

La directora regresa con varias sábanas y le entrega una a la inspectora.

Inspectora *(al actor)* – Levántese.

El actor se levanta y ella lo cubre de pies a cabeza con la sábana.

Inspector – Adelante.

El inspector lo conduce al proscenio.

Inspectora *(al público)* – Señoras y señores, ¿es este el hombre al que vieron robar la caja?

Espectadora – Sí, era exactamente así. Aunque, como iba escondido bajo una sábana... ¿cómo saber si es él de verdad?

Inspector – Tiene razón... Martínez, vamos a hacer una rueda de reconocimiento.

Cogen las otras dos sábanas y cubren con ellas a la actriz y a la directora. Después alinean a los tres fantasmas delante del escenario y los hacen intercambiar sus posiciones varias veces.

Director – ¿A qué estamos jugando? ¿A los trileros?

Inspector *(al público)* – ¿Y ahora? ¿Cuál es?

Breve improvisación si el público reacciona. Los tres fantasmas cambian otra vez de posición, sin romper la fila.

Inspector – ¿Y ahora?

La inspectora consulta su teléfono.

Inspectora – Acaba de llegarme la respuesta sobre los antecedentes de los sospechosos.

Inspector – ¿Y qué dice?

Inspectora – Pues, señor director, la cosa no pinta nada bien...

El actor, la actriz y la directora se quitan las sábanas.

Director – ¿Cómo dice?

Inspectora – ¿No nos había dicho que tenía antecedentes?

Director – Fue un oscuro asunto de proxenetismo que nunca llegó a aclararse. Me condenaron concediéndome el beneficio de la duda...

Inspectora – Normalmente, cuando se concede el beneficio de la duda, se absuelve al acusado...

Inspector – ¿Qué tiene que decir en su defensa, señor director? Antes nos aseguraba que este era un establecimiento respetable...

Director – Inspector, debe saber que, en tiempos de Molière, la Iglesia consideraba a todos los actores unos depravados, casi al mismo nivel que las prostitutas. Así que podría decirse que todo director de teatro es un proxeneta en potencia.

Inspectora – Si la Iglesia desconfiaba tanto de los actores, por algo sería. Cuando el río suena...

Directora – La verdadera razón de esa persecución es que el teatro competía con la Iglesia. La Iglesia también ofrece un espectáculo, solo que siempre representa la misma obra. Los sacerdotes nos veían como rivales a los que había que eliminar.

El inspector agarra al actor.

Inspector – Bueno, nos llevamos a este a comisaría. A lo mejor, con unos cuantos golpes en la cabeza propinados con las obras completas de Molière, se vuelve más hablador.

La actriz se interpone con gesto teatral.

Actriz – ¡Antes tendrá que pasar por encima de mi cadáver!

Inspector – No le prometo nada, Béjart, pero también nos la llevamos por falso testimonio.

El inspector y la inspectora salen llevándose al actor y a la actriz.

Director – Y después de todo esto seguimos sin encontrar el dinero. No podemos devolverles las entradas a los espectadores...

Directora – ¿Y por qué íbamos a devolverles nada? Les estamos ofreciendo un espectáculo, ¿no?

Director – Y bastante menos aburrido que la obra prevista, seguramente... Porque, entre nosotros, las últimas horas de Molière...

Directora – Si aguantamos media hora más, podremos decir que han recibido lo que pagaron.

Director – ¿Media hora? Estamos al límite. La historia ya empieza a dar vueltas sin avanzar.

Directora – Lo que necesitamos es un giro inesperado.

Director – ¡Pero si ya no tenemos actores! La policía acaba de llevárselos.

Directora – Pues habrá que pensar en sustituirlos.

Director – A lo mejor alguien del público tiene ganas de actuar... Sin cobrar, por supuesto.

Improvisando, el director y la directora preguntan a varios espectadores si quieren hacer teatro. Rechazan a algunos por motivos diversos. Finalmente eligen a la espectadora que había intervenido antes y al falso espectador, que ha vuelto a sentarse entre el público. También puede recurrirse a un espectador auténtico elegido al azar. Los invitan a subir al escenario.

Directora – ¿Ha hecho teatro alguna vez?

Espectadora – No...

Posible improvisación si responde el otro espectador.

Directora – Vamos a hacerles una pequeña prueba de improvisación.

Director – De acuerdo.

Directora – Imagine lo siguiente: una noche vuelve a casa y descubre que su marido se ha transformado en una paloma.

Espectadora – ¿En una paloma?

Directora – Una paloma enorme.

Espectadora – Vale.

Director *(al espectador)* – Y usted hace de paloma.

Espectadora – No se parece mucho a una paloma.

Director – Esto es teatro. Tiene que imaginárselo...

Espectadora – Ah, claro.

Director *(a la espectadora)* – Usted sale entre bastidores y vuelve a entrar.

La espectadora sale y vuelve a entrar.

Espectadora – Hola, cariño. ¿Qué tal el día?

El espectador probablemente responde que bien.

Espectadora – Y... ¿qué vamos a cenar?

Directora – ¿Qué vamos a cenar?

Espectadora – Sí...

Directora – ¡Su marido se ha convertido en una paloma y lo único que se le ocurre es preguntarle qué hay para cenar!

Espectadora – Pues sí.

Directora – No sé... Tendría que sorprenderse, al menos.

Espectadora – Como ya me ha dicho usted lo de la paloma, no me sorprende. Y, además, él no se parece nada a una paloma. Tampoco ayuda.

Directora – Bueno, empezamos de nuevo. *(A la espectadora)* Usted salga... *(Al espectador)* ¡Y usted esfuércese un poco! Intente parecer una paloma.

Director – Basta con que diga: «No sé qué me pasa. Mira, me he convertido en una paloma».

La espectadora sale y vuelve a entrar.

Espectadora – Hola, cariño. ¿Qué tal el día?

El espectador da unos pasos intentando imitar a una paloma.

Espectador – Bien, pero no sé qué me pasa. Mira, me he convertido en una paloma.

Espectadora – ¡Anda! ¡Qué cosas! Y, por cierto... ¿qué vamos a cenar?

Directora – ¿Usted no está casada?

Espectadora – No.

Director – Ya...

Directora – Vuelva a su asiento. Ya la llamaremos.

El espectador y la espectadora regresan a sus butacas. El falso espectador puede aprovechar para escabullirse.

Director – Sin dinero en la caja, los actores detenidos...

Directora – Y los espectadores son unos actores pésimos...

Director – Esta función va de mal en peor.

Directora – Y eso que la idea era buena. Las últimas horas de Molière.

Director – A lo mejor el título nos ha traído mala suerte. «La función está cancelada»...

Regresan el actor y la actriz.

Directora – ¿Los han soltado?

Actor – Parece que siguen otra pista. Están registrando el teatro de arriba abajo...

Actriz – La inspectora mete la nariz por todas partes. Parece un perro rastreador...

Actor – Bueno, ¿qué hacemos? ¿Actuamos o no?

Director – Mientras no aparezca el dinero, no puedo pagaros... Pero me han hecho una oferta para comprar el teatro.

Actor – ¿Han encontrado a alguien lo bastante loco como para comprar un teatro en estos tiempos?

Directora – Un tal señor Palomo.

Actriz – Un nombre predestinado.

Directora – Sí, pero a mí ese palomo me parece un ave de mal agüero.

Actor – ¿Palomo, dice? ¿Francisco Palomo?

Director – Sí.

Actor – Me suena ese nombre... *(Saca su móvil)* Una búsqueda rápida en internet... ¡Aquí está!

Director – ¿Y bien?

Actor – Francisco Palomo. Representa en este país a una secta que se está extendiendo por el mundo entero y tiene su sede en las Bahamas.

Actriz – Una secta con sede en un paraíso fiscal. Por lo menos, además de olfato para los negocios, tienen sentido del humor.

Director – ¿Y qué clase de secta es?

Actor – La Iglesia de la Cagología. Sus fieles se hacen llamar «palomas», y su gurú pretende adivinarles el futuro leyendo sus excrementos.

Directora – Ya os decía yo que era un ave de mal agüero.

Director – ¿Y por qué quiere comprar nuestro teatro ese hipócrita, digno del Tartufo de Molière?

Actor – Compra por cuatro perras todos los teatros en apuros para convertirlos en templos de su secta. Ya tiene más de un millón de adeptos en este país.

Director – Si sigue así, en esta ciudad no quedarán teatros donde ir a ver una función.

Directora – En cambio, habrá iglesias de la Cagología en cada esquina.

Director – En tiempos de Molière, la Iglesia ya había declarado la guerra al teatro. Creíamos que habíamos ganado, pero parece que el imperio contraataca...

Actriz – ¡No iréis a venderle el teatro!

Director – ¿Tienes otra solución?

Actriz – ¡Actuemos de todas formas!

Director – Ya os he dicho que sigo sin tener dinero para pagaros.

Actriz – ¡Da igual! Actuaremos gratis. Estamos dispuestos a todo para salvar este teatro y luchar contra el oscurantismo cagológico.

Directora – Pues adelante.

Actor – Voy a ponerme el traje.

Actriz – Yo también.

El actor y la actriz salen a cambiarse.

Director – ¡Que empiece el espectáculo!

Regresan el inspector y la inspectora.

Directora – No pueden quedarse aquí. Esto es un escenario teatral, no la escena de un crimen. Y la obra va a empezar.

Inspector – ¿Empezar? No estaría tan seguro... Hemos recibido una denuncia. Parece que este teatro incumple varias normas de seguridad.

Directora – ¿Una denuncia?

Director – ¡Está claro que alguien quiere perjudicarnos!

Inspectora – En cualquier caso, tenemos que comprobarlo. ¿Dónde están las salidas de emergencia?

Directora – Pues... Aquí... Y allí...

El inspector examina rápidamente las salidas de emergencia.

Inspector – Y... ¿tiene el certificado de primeros auxilios?

Director – Por supuesto. Aquí está. Siempre lo llevo encima, por si acaso.

El director entrega un papel al inspector, que apenas le echa un vistazo.

Inspectora – ¿Está vacunado contra la rabia?

Director – Creo que sí... En cualquier caso, nunca he mordido a nadie. Hasta hoy...

Inspector – Bueno... *(Señala al público)* ¿Y todos esos saben nadar?

Directora – Habría que preguntárselo. Pero es raro que se desborde una bañera en un teatro...

Inspector – Era una broma. Se puede ser inspector de policía y tener sentido del humor, ¿sabe? También he visto el extintor de la entrada. Parece que todo está en regla.

Director – Primero un robo, luego una denuncia falsa... ¡Alguien quiere hundirnos!

Inspector – ¿Sospecha de alguien?

Directora – ¿Ha oído hablar de la Iglesia de la Escatología, inspector Colombín?

Director – Creo que se llama Iglesia de la Cagología, inspector Colombo.

Inspector – Tendrán que explicárnoslo.

Directora – Mientras tanto... ¡que viva el teatro!

Director – ¡Por fin!

Salen. Suenan los tres golpes tradicionales que anuncian el comienzo de la representación. Entra Molière tosiendo en un pañuelo manchado de rojo y se sienta en el sillón. Después entra Béjart.

Actriz – ¿Cómo se encuentra, Jean-Baptiste?

Actor – Como mi enfermo imaginario, querida Armande. Bastante enfermo.

Actriz – ¡Pero está escupiendo sangre! Su enfermedad no tiene nada de imaginaria.

Actor – No es la primera vez, por desgracia. Ya pasará.

Actriz – A menos que sea usted el que pase a mejor vida. Sería más prudente cancelar la función...

Actor – Toda la compañía cuenta conmigo. Si cancelamos, todos perderán unos ingresos que necesitan desesperadamente. Por no hablar de que tendríamos que devolver el dinero al público...

Actriz – Ya le ha dado mucho al teatro, señor Molière. Nadie le exige sacrificar su vida por él...

Actor – Solo en el teatro me siento realmente vivo... Y reconocerá que morir en escena interpretando «El enfermo imaginario»... ¡Eso sí que sería una salida con estilo! ¿Cree que se atreverán a negarme un entierro cristiano?

Actriz – ¿Por qué le importa tanto un entierro cristiano, si usted siempre se ha burlado de la Iglesia?

Actor – De la Iglesia, sí. Pero no de la verdadera fe, que es la fe en el ser humano. Cada representación de mis obras es una misa en la que celebro mi amor por la vida.

Actriz – En el fondo, es usted un moralista, amigo mío. Como todos los grandes autores de comedias.

Actor – Y, como a todos los autores de comedias, dentro de unos años me habrán olvidado. Solo recordarán a los grandes dramaturgos trágicos.

Actriz – Si hace falta, me arrojaré a los pies del rey. Tendrá su lugar en el cementerio.

Actor – Me negaron el ingreso en la Academia Francesa por ser actor. Que al menos no me impidan entrar en el cementerio por la puerta grande.

Actriz – Estoy segura de que la posteridad le hará justicia. Dentro de uno o dos siglos, así como se habla del inglés como «la lengua de Shakespeare», se hablará del francés como «la lengua de Molière».

Actor – Ya me calumnian estando vivo. ¿Qué dirán de mí cuando haya muerto? Asegurarán que otro escribió mis obras. Hasta dirán que me casé con mi propia hija...

Actriz – Pero será usted el dramaturgo más célebre de todos los tiempos.

Actor – Dios la oiga. Entonces podré morir en paz.

Ella tiene con él un gesto de ternura.

Actriz – Prométame que no morirá nunca.

Actor – No antes de que termine la función. Se lo juro.

Actriz – Entonces, dentro de un rato interpretará «El enfermo imaginario»...

Actor – Normalmente, es un hombre sano que finge estar enfermo. Esta vez será un moribundo de verdad que fingirá estar sano para poder fingir que está enfermo.

Actriz – ¿No es esa la esencia misma del teatro? Crear una ilusión para que aparezca la verdad.

Actor – Ya me encuentro mejor.

Actriz – Aun así, he mandado llamar a una médica para que lo examine. Los dejo solos...

La actriz sale y entra la espectadora, que interpreta a la médica.

Espectadora – Bueno, señor Molière, ¿al final solicita ayuda a esa medicina de la que tanto se burla en sus obras?

Actor – No me burlo de la medicina. Me burlo de los médicos que la ponen en ridículo. En cualquier caso, gracias por venir... Armande avisó a varios colegas suyos que se negaron a acudir en cuanto supieron quién era el paciente.

Espectadora – Le confieso que yo también lo dudé mucho. ¿Y qué le duele hoy, señor Molière?

Actor – Casi me da vergüenza decírselo, doctora...

Espectadora – Dígamelo, sin miedo...

Actor – El pulmón.

Espectadora – ¿No será otra de sus bromas de mal gusto?

Actor – Por desgracia, no. Se lo aseguro.

Espectadora – Desde luego, no tiene muy buen aspecto... Inclínese hacia delante y respire profundamente. *(Apoya la oreja contra la espalda del paciente)* Me temo que tiene usted razón. Esos pulmones hacen un ruido infernal. Y en el infierno acabará si no renuncia a tiempo a esa profesión diabólica que ejerce.

Actor – Déjeme al menos terminar esta función. Después renunciaré a lo que usted quiera, se lo prometo.

Espectadora – Si no guarda reposo inmediatamente, esta será su última aparición sobre un escenario, créame.

Actor – No puedo defraudar al público. ¡El espectáculo debe continuar, como decía mi colega Shakespeare!

Espectadora – ¡Si apenas puede mantenerse en pie!

Actor – ¿No me habrá envenenado usted, por casualidad? Para impedir que vuelva a desacreditar a todos esos médicos charlatanes, como Diafoirus, el de mis comedias...

Molière empieza a toser y parece encontrarse mal.

Espectadora – ¿Estás bien, viejo?

Actor – No, nada bien... No sé qué me pasa de repente...

Espectador – Pero... ¿esto forma parte de la obra o están improvisando?

Actor – No... Ahora les habla el actor de verdad. Ayúdeme, doctora...

Vuelve a toser.

Espectadora – Es que... Yo no soy médica de verdad. Solo lo soy en el teatro...

Entra la actriz.

Actriz – Le he oído toser, señor...

Espectadora – Su estado ha empeorado de golpe.

Actriz – Pero... ¿se está asfixiando Molière o el actor que lo interpreta?

Espectadora – Le confieso que ya no sé ni dónde estoy.

Llegan el director y la directora, preocupados.

Director – ¿Qué ocurre?

Actriz – ¡Hagan algo! ¿No ven que se ahoga?

Director – Yo solo tengo un certificado de primeros auxilios. Habrá que llamar a una ambulancia.

Actriz – Me encargo yo...

La espectadora y la actriz se llevan al actor entre bastidores.

Director – Señoras y señores, lo sentimos muchísimo, pero hemos vuelto al punto de partida... La función está cancelada...

Directora – Por culpa de este enfermo del que ya no sabemos si es imaginario o no.

Regresa el espectador.

Espectador – Aquí tienen el precontrato de compraventa. Solo falta firmarlo...

Directora – Sabemos quién es usted, señor Paloma. ¡Lo hemos descubierto!

Espectador – Palomo. Francisco Palomo.

Directora – Quiere convertir este teatro en un templo de su secta.

Espectador – ¡Una secta! Qué palabra tan exagerada... Mire, amiga mía, todas las religiones son sectas que han triunfado...

Directora – ¡Pero la Iglesia de la Cagología! ¡Adivinar el futuro en los excrementos de las palomas!

Espectador – Es absolutamente caca-científico, se lo aseguro.

Directora – ¡No irás a venderle tu alma a ese diablo!

Director – Por desgracia, no tengo elección. O eso o la ruina...

Directora – ¡Piensa en Molière! Prefirió morir sobre el escenario antes que cancelar una función.

Director – ¿Qué quieres que haga? Empecé mi carrera como proxeneta. Después me convertí en director de teatro... Pero está claro que nunca seré Molière.

El director firma.

Espectador – Gracias... Dios se lo pagará... Y, de momento, aquí tienen mi cheque.

Sale.

Directora – Así que esta vez sí que se acabó. Ha sido la última función...

Regresa el inspector.

Director – Inspector, ¿todavía no han recuperado el botín?

Inspector – Aún no. Pero nos tomamos este asunto muy en serio, porque parece que varios teatros han sufrido intentos de intimidación en los últimos meses.

Director – ¿Intentos de intimidación?

Directora – ¿Y si ese gurú de la Iglesia de la Cagología hubiera envenenado también a Jean-Baptiste, para sabotear la función, arruinarnos y obligarnos a vender?

Suena el móvil del inspector y este contesta.

Inspector – Inspector Colombín, dígame... Sí... Sí... Perfecto, gracias... *(Guarda el móvil)* ¡Martínez acaba de encontrar el dinero!

Directora – Pero... ¿cómo?

Inspector – Créame, esa mujer tiene mejor olfato que un pastor alemán...

Director – ¡Y yo que creía que el dinero no tenía olor!

Inspector – Pero eso no es lo más sorprendente del caso, se lo aseguro.

Director – ¿Ah, no? ¿Y dónde había escondido el ladrón su botín?

Entra la inspectora.

Inspectora – En un cajón de doble fondo de su escritorio, señor director.

Director – ¿Cómo?

Inspectora – Lo detenemos por denuncia falsa y tentativa de estafa.

Director – Le aseguro, inspector, que no tengo ni idea de quién escondió ahí el dinero. ¡Ni siquiera sabía que ese cajón tenía doble fondo!

Inspectora – ¿Y quién, aparte de usted, habría podido hacerlo?

Un silencio.

Directora – De acuerdo, lo confieso... Fui yo.

Director – ¿Tú robaste la caja del teatro? ¿Pero por qué?

Directora – Este espectáculo estaba condenado al fracaso. Nada estaba preparado, lo sabes. Fue lo único que se me ocurrió para que se cancelara en el último minuto. Y así poder improvisar...

Director – Yo diría más bien que esto se nos ha ido de las manos...

Inspector – A ver si lo he entendido. Venden entradas a estas personas honradas para un espectáculo que no existe, roban la recaudación para no tener que representarlo y, encima, se quedan con el dinero sin devolverles nada.

Inspectora – Hay que reconocer que es bastante retorcido.

Director – Bueno, tampoco hemos engañado a nadie. La obra se titulaba «La función está cancelada».

Inspector – Los mejores estafadores exhiben sus mentiras a plena luz del día para que parezcan verdades.

Directora – Después de todo, el teatro es una estafa. Los espectadores saben que todo lo que ocurre en el escenario es una ilusión y, sin embargo, nunca piden que les devuelvan el dinero al terminar.

Regresan el espectador y la actriz.

Director – Si nosotros somos unos estafadores, ¡aquí tiene a otro, inspector! ¡Ese Tartufo es quien ha envenenado a Molière!

Inspector – ¿Qué tiene que alegar, señor?

Espectador – Que, si aquí nadie es realmente quien parece, ustedes tampoco son los verdaderos propietarios de este teatro que acaban de venderme...

Director – Ni usted es en realidad el comprador.

Directora – La buena noticia es que el teatro no se ha vendido de verdad. Así que podrá seguir viviendo.

Inspectora – Entonces, ¿nosotros también somos actores, Colombín?

Inspector – Exactamente, Martínez. Incluso me pregunto si no será usted la autora de esta farsa. He visto su nombre en el cartel.

Inspectora – Me llamo Ramírez.

Director – En cualquier caso, coincidimos en algo: si aquí todo es falso, ¡esto es una auténtica obra de teatro! La función sí se ha celebrado, así que nadie recuperará el dinero de su entrada.

Actriz – Bien está lo que bien acaba. Y ahora llega el monólogo.

Entra el actor, convertido en el fantasma de Molière, cubierto por una sábana y con un cubo en la mano.

Actor – Me llamo Jean-Baptiste Poquelin, aunque me conocen mejor por Molière... Dediqué mi vida al teatro en unos tiempos en que burlarse de los contemporáneos, especialmente de los poderosos, era mucho más peligroso que ahora. Y más todavía si vestían sotana. Aunque no morí en escena, como suele contarse, serví al teatro hasta mi último aliento. Fue al salir de mi última representación de «El enfermo imaginario», en el teatro del Palais-Royal, cuando entregué el alma. Ningún sacerdote quiso administrarme los últimos sacramentos, de modo que en mi lecho de muerte no pude renunciar a mi oficio de actor, como debía hacer para volver a ser aceptado por la Iglesia. Pero el rey Luis XIV se apiadó de mí. Intercedió en mi favor y así me libré de acabar en una fosa común. San Pedro tampoco fue demasiado severo, pues me abrió las puertas del paraíso. *(Pausa)* Precisamente, acabo de venir de allí. Y, créanme, ¡en el paraíso uno se aburre como una ostra! ¿Por qué creen que Adán y Eva aprovecharon la primera ocasión para escapar del paraíso terrenal? La certeza de una felicidad eterna es mortalmente aburrida. La vida tampoco es siempre divertida, claro. Seguramente por eso, después de inventar a Dios, la humanidad inventó el teatro. «El teatro es la vida sin sus momentos aburridos», diría tiempo después Alfred Hitchcock, que, curiosamente, era director de cine. Por eso, cada vez que puedo, me escapo del paraíso durante una función y vuelvo a rondar los escenarios. Sigan luchando para que no se cancele ninguna representación. Para que los teatros no se conviertan en nuevas iglesias. *(Pausa)* Pero ahora que ha terminado el espectáculo debo regresar a donde vengo. Y ustedes tendrán que volver a esa realidad que dejaron por un momento al entrar en esta sala. Se acabó el sueño. Y para despertarse, como prometimos, nada mejor que un buen cubo de agua en la cabeza...

Arroja hacia el público el contenido del cubo, del que sale una lluvia de estrellas.

Fin

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

ISBN 978-2-37705-942-3

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.